Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 5 Article 2

1977

Macedonio Fernández

Luis Alberto Sánchez

Citas recomendadas

Sánchez, Luis Alberto (Primavera-Otoño 1977) "Macedonio Fernández," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 5, Article 2.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss5/2

This Crítica is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

Luis Alberto Sánchez

Aunque Jorge Luis Borges, en arranque de irreprimible contrición y sólida conciencia crítica, dijo en el sepelio de Macedonio que él, Borges, había plagiado a Fernández, la verdad no es tan sencilla de expresarse; exige más imaginación que invenciones fantásticas, y más arrojo. Macedonio tiznó y hasta marcó a todos los componentes de los aurorales grupos literarios de los 20, especialmente a los porteños, y concretamente a los de "Martín Fierro" y "Proa". El neocriollismo y el proesperpentismo le deben al ingenio de Macedonio sus primeros pasos. Sin él— y así lo confiesa el autor de *Nuevos retratos*— se habría diluido la personalidad de Ramón Gómez de la Serna, cuyas "greguerías", más que roznar de loros parecen paradojas entresacadas de libros de Macedonio: debieran llamarse Macedonerías en lugar de greguerías. *Adán Buenosayres* de Marechal parece una página sustraída de *Una novela que comienza* de Macedonio, tocando sin banjo, con guitarra, compuso el jazz de los porteños, la milonga de los inmigrantes. El fue, en el Café Keller y en el sótano de la Revista Oral como un anticipio en clave de *El hombre que está solo y espera* con que Raúl Scalabrini Ortiz, el macedionófilo perpetuo, en la esquina de Esmeralda y Corrientes, la vera efigie del dueño de los dos *Papeles de recienvenido*.

Es difícil ahora, aunque se relea al Borges de las primeras piezas, imaginarse el rumbo de la literatura de aquellos años 20, al terminar la Primera Guerra Mundial. Argentina permaneció neutral, celosa de sus trigales, sus ganados. Un argentino pretendía ser un romano en vísperas de conquistar el imperio. Pensaba que, con fuerza espiritual, extraída de contradictorios organismos, podría aun vencer la influencia norteamericana. El *Ariel* de Rodó no fue solamente un regodeo del maestro de Montevideo; fue la expresión paradigmática del orgullo del Río de la Plata, donde, según frases acuñadas a voleo oratorio, se estaba incubando "la nueva humanidad", la chafada "Eurindia" de Ricardo Rojas.

La guerra concluyó en noviembre de 1918. Para entonces habían acaecido varios fenómenos, a saber: aparición del ultraísmo con Rafael Cansinos Assens, en Madrid; idem del creacionismo con Vicente Huidobro, en París; alumbramiento del expresionismo alemán; deificación de las temáticas criollas tanto a causa de la academización del tango argentino desde el París de la preguerra como en la idealización del folclor literario,

patente en Panait Istrati, Joyce, Raymond, Gorki, Francis Hammes, Heinrich Mann.

Macedonio, que había nacido en 1873, había cumplido ya los cuarenta cuando empezó aquel movimiento, que no se limitó a la Argentina, en América del sur, sino sacudió también a Guatemala, donde Rafael Arévalo Martínez lanzó *El hombre que parecía un caballo,* desde 1915. Arévalo inauguró el esperpentismo, mucho antes que Valle Inclán y que Gómez de la Serna.

Macedonio pertenecía a una antigua familia hispanocriolla. Su madre, una Del Mazo, tenía sangre de proceres. Eran un hogar acomodado, sin ostentación; sereno sin inmovilismo; estudioso, sin jactancia; reflexivo, sin pose; criollo, sin arrabalerismo; español, sin petulancia. Macedonio nació reflexivo como se hace tuerto, fornido, de ojos azules o de cabellos rubios. A propósito Macedonio tenía los ojos azules más dulces del mundo, y más mirones. Ligeramente rasgados, entre párpados algo carnosos, servían de remeros a una nariz fina como un esquife, bajo la cual la boca delgada dejaba ver una sonrisa levemente triste. Blanco de tez y delgado de cuerpo, el bigotillo sombreándole el labio superior, aunque color castaño, le imponía un aire de abate en *Los tres mosqueteros.* Le gustaba fumar, tocar la guitarra y estudiar filosofía. A causa de lo último mantuvo una apreciable correspondencia con William James, el padre del pragmatismo, con quien coincidió. Si uno repasa las páginas de *No todo es vigilia la de los ojos abiertos* encontraría el propósito de aquella correspondencia. Es posible que el pragmatismo fuese uno de los motores de su ironía, hecha de contrastes insospechados. A esa ironía contrastada se la llama en la Argentina de un modo especial: la cachada.

La cachada argentina, o, mejor, porteña, es algo muy parecido al choteo cubano. Léase ese juvenil ensayo de Jorge Mañach, *Indagación del choteo* (1928), y se tendrá una aproximación de la cachada, distinta a la broma hispánica, a la talla chilena, y a la broma de cualquier parte. La cachada es una superación de la realidad, con un poco de humor negro, aunque nunca personal. Macedonio amasó con paradojas y contrastes su estilo de cachada, y lo envolvió en papel de fumar para quemarlo, saborearlo y sin dejar huellas. Nunca vi reir a Macedonio, pero rara vez dejé de mirarle la sonrisa. Sonreía sin malicia: con buenicia (¿se puede decir así?). Enarbolando en la punta de una boquilla de ámbar el cigarillo perpetuamente humeante y apestoso. Diz que entonces le gustaba salir a las calles de Buenos Aires todavia más de puerto que de gran ciudad, pese al jactancioso titulo de cosmópolis con que la bautizaron los pretenciosos modernistas, desde Rubén hasta Lugones, Leopoldo Díaz hasta Almafuerte, y añadamos, hasta Evaristo Carriego y Baldomero Fernández Moreno. La ciudad desembocaba en el Bajo, por donde entraron los ingleses dos veces que trataron sin resultado de ocupar Buenos Aires. En el Bajo está la Boca del riachuelo, donde se aposentaron los genoveses de la primera lancha inmigratoria: ahí tocaban su acordeón,

comían pescados rechinantes, bebían su chianti, cantaban sus barcarolas, hacían el amor sin ocuparse de lo que creciera la prole. El centro de Buenos Aires estaba entre Corrientes y Avenida Mayo, entre el Bajo o Paseo Alem y Plaza Once. Rivadavia era la calle más larga del mundo y felizmente todavía no le había nacido a la ciudad ese lobanillo llamado El Obelisco.

Los jóvenes que estudiaban (con su "midnight dictionary" bajo las sábanas) huyeron de la guerra. Adiós París, adiós Londres, adiós Berlín. Sólo Zurich, Lausana, Ginebra, Barcelona y Madrid. Tristán Tzara, el rumano que debiera ser sudamericano, fundó el dadaísmo: en realidad todos eran un poco dada. Las golondrinas volvieron (nada oscuras ni con nidos que colgar) y se congregaron en cafes de cierta prosapia europea. Las *caves* fueron sustituidas por lujosos sótanos; la carne de caballo por la de bovinos; en cuanto a amantes, las había de todas las latitudes y por cierto bien nutridas . . . , mejor que las de Europa. Circe entregó su cetro a Diana; tenía que ser así.

Borges, Leopoldo Marechal, Ricardo Güiraldes (mayor en años y en pesos que Borges), Evar Méndez, Ricardo Molinari, el peruano Alberto Hidalgi, el chileno Vicente Huidobro, Rafael Arrieta, Oliverio Girondo, y cuantos más empezaron a reunirse en derredor de una mesa del Cafe Keller con esa insorportable abstemia de los argentinos, partidarios de la Milonga y del Campari. Macedonio, que estaba casado con Elena de Obieta, concurría a la tertulia, versión porteña de las de Madrid y de la patota criolla, pero disuelta en versos y prosas sin intención de inmortalidad. De ahí nacieron libros inolvidables: *Rancho, El cencerro de cristal, Don Segundo Sombra, Fervor de Buenos Aires, Inquisiciones, Luna de enfrente, 20 poemas para leer en el tranvía* . . . qué se yo . . . Sólo Macedonio, el mentor, no publicaba libros. Leía sus prosas, a veces sus versos y los devolvía al bolsillo. A menudo los jóvenes habrían querido preguntarle la razón de su avaricia publicitaria y por qué muchos de sus trozos literarios estaban escritos en retazos de paquetes de cigarrillos, papeles de envolver, cajas de fósforos, lo que fuera. Macedonio, cuando le formulé la pregunta, muchos años después, me contestó mirándome sonriente con sus ojos claros: —No siempre hay papel adecuado al alcance y las ideas se van como vienen, volando. Hay que atraparlas de algún modo . . .

Las revistas *Martín Fierro* y *Proa* representaron el renacimiento del criollismo esteticista. Macedonio lo había creado sin comprometerse él mismo. Ya para 1927, año de la muerte de Güiraldes, se hacía indispensable presentar al público las huellas digitales de Macedonio. El editor Gleizer recogió un puñado de sus prosas y las reunió bajo el complicado y significativo título de *No todo es vigilia la de los ojos abiertos* (1928).

Este libro de Macedonio fue recibido con sorpresa. Era una exhibición de humor criollo y metafísica. El escritor se coloca ante el mundo con atención y simpatía. Sonríe apaciblemente como un Rabelais sudamericano. "Mieulx est de rire que des larmes ecrire", puso el abate de Meudón en el

pórtico de la Abadía de Thelme, precepto que Macedonio acata alegremente. Sí; "mejor es escribir sobre risas que sobre llantos", Macedonio no llorará ni siquiera cuando se consagre el recuerdo bendito de su esposa, de "Elena Bellamuerte"; lo exaltará con su bondad y su belleza, con póstumo optimismo, con fúnebre complacencia.

En *No todo es vigilia la de los ojos abiertos* desde su primera página destaca la devoción onírica del autor. Lo que *No es vigilia la de los ojos abiertos* es aquello que se llama ensueño, el de los ojos cerrados o entreabiertos. No olvidemos que la concepción científica de los sueños, la exaltación del sicoanálisis que proyecta Freud sobre el mundo apenas data de 1920, aunque el primer trabajo sinoanalítico del profesor vienés data de 1905. De otro lado, la concreción literaria del freudianismo se remonta a la definición del "surrealisme", codificado por Bretón en 1924, primer manifiesto que concilia el estado onírico, la improvisación o espontaneidad creadora y la realidad que nos envuelve. Macedonio aporta pudicamente de su temática y de su vocabulario todo cuanto se refiera al pansensualismo. Si hay un escritor casto y púdico ese fue Macedonio. En ello coincide con Arévalo Martínez, y señala el camino de Borges, Güiraldes y muchos más. Macedonio, como el poeta José María Eguren, siente que el léxico es como una vía de depuración. Sin caer en el escolarismo de Hugo Wast, que escribía para que sus libros pudiesen ser leídos impunemente por sus hijos menores, Macedonio, que tuvo un hijo poeta, Adolfo de Obieta, prefiere hurtar el cuerpo y el lenguaje a la sensualidad de la vigilia y entregarse a otra vigilia, la suprarreal. ¿No será de allí de donde vendría la versión de un Cortázar suprarrealista como ya se le define? ¿Y acaso no hay una coincidencia preclara entre Macedonio, Borges, Sábato, Cortázar? Siempre resulta una tendencia irrisistible el tema del surrealismo en nuestras letras contemporáneas, al punto de que Juan Larrea acaba de lanzar un libro sobre *Vallejo surrealista,* consigna que ubica al autor de *Trilce* entre los ultraístas y creacionistas. Publicó este libro para cotejarlo con el surrealismo que a mi juicio es como una atmósfera estética dentro de la cual se movieron desde Rabelais y los anónimos de las novelas de caballería, pasando por Quevedo y a ratos Cervantes, y siempre Góngora, y abarcando a tanto autor moderno, inclusive a los dadaistas en quienes se hace más difícil distinguir el imaginismo puro del ultraísmo y el neorrealismo. El primer libro de Macedonio, así como el segundo, *Papeles de recienvenido,* son fundamentalmente fragmentarios. Este último fue extraido de la modestia de Macedonio por Alfonso Reyes, encargado de las ediciones del Plata en que aparecería ese finísimo libro de Gilberto Owen, titulado *Línea.*

Ya corría el año de 1932: poco después conocí personalmente a Macedonio. Fue en la casa de Gabriel del Mazo, su primo, en el número 1757 de la calle Sarmiento, del viejo Buenos Aires. Macedonio fue cortés, atento escucha y parco hablante en aquella oportunidad. Los ojos claros, casi transparentes del escritor testimoniaban su connatural ternura. Habló de

muchas cosas, menos de sí mismo. Buenos Aires era uno de sus temas predilectos. Hacía años que no paseaba sus calles. Me convidó a visitarle en su hogar. Ya estaba viudo, le acompañaba su hijo Adolfo, que acababa de publicar su poemario *Destino de llorarte*. Esa tarde Macedonio estuvo en vena. Hacía algo de frío, leve fresco otoñal. El escritor estaba cubierto por dos chompas y tenía un ponchito de vicuña sobre los hombros: "La cultura sólo se desarollaba bajo el calor: el frío abre el apetito pero no el talento". Para conservarse en estado de gracia espiritual, Macedonio extremaba su abrigo. Fumaba mucho, de todas marcas, En su escritorio se veían paquetes de cigarrillos vacíos, de las más variadas procedencias. Había una guitarra tendida en una silla. Macedonio la empuñó por el mástil y acunándola delicadamente empezó a pulsar sus cuerdas. No cabía duda: era un eximio guitarrista. Preludió unas tonadas camperas. Las notas brotaban límpidas de sus dedos largos y esbeltos. Sonrió dulcemente, dejó la guitarra sobre la silla, se arrebujó, en el poncho y sonriendo dijo: "Yo no soy un escritor, aunque escribo. Pienso con la pluma. No sé escribir a máquina. No tengo momento preferido para escribir. Por eso mis textos son un pandemonium; siempre se pierden".

Me honró Macedonio confiándome los originales de su *Una novela que comienza* y otros textos que se hallan depositados con mis papeles en la Biblioteca de la Pennsylvania State University. Prologué el libro a su pedido. Salió en las prensas de Ercilla en Santiago de Chile. Fue un modesto suceso. Tiramos 1,500 o 2,000 ejemplares; comprobamos que no era un autor popular. Siendo un auténtico creador estaba muy lejos de ser un "best seller".

Estábamos en el año de 1941. La Segunda guerra empezaba para nosotros. Ya se había entronizado a Güiraldes, Borges, Molinari, Marechal, Girondo, sumos sacerdotes de las capillas de *Proa, Martín Fierro* y *Sur*. Macedonio seguía en silencio, inmune a la popularidad, hasta que lo redescubrió para los jóvenes Ramón Gómez de la Serna. Con ejemplar lealtad, quiso rescatar la fama del maestro de la promoción gauchesca de los 20. Con su prosa cabrioleante, y con tinta roja en satinado papel amarillo.

Aquellos años fueron poco propicios para las letras argentinas. Aunque uno reconozca la autonomía del fenómeno literario, basado principalmente en la creación individual, es imposible aislarlo totalmente del fenómeno social. Este empezó a ser irrespirable. No me guía ningún prejuicio político menos en país que no es el de mi nacimiento. De cualquier modo, el regimen que acuñó en 1946 la frase "Mata a un estudiante y harás patria"; que vejó con un nombramiento degradante a Borges; que echó del magisterio a gentes como Houssay, Henríquez Ureña, Alonso, Lida, Mantovani, Del Mazo, Palacios, debe ser mirada con justificada prevención. Cierto que un grupo de "FORJA", o sea la Fuerza Organizadora Radical de la Juventud, se acercó a Macedonio: entre ellos estaban Raúl Scalabrini Ortiz. Predominó el desdén por la inteligencia. Macedonio murió, pasados los setenta, aislado, en

silencio, sin ningún honor oficial. Ya se dibujaba la reelección de Perón, comenzaba el período de su desastre.

Antes de las ediciones de bolsillo que ahora circulan con casi toda la obra de Macedonio Fernández, fue un escritor y ex-presidente paraguayo, Natalicio González, que fuera miembro de FORJA durante su largo exilio en Buenos Aires, quien acometió la empresa de publicar los inéditos, entre los cuales se destaca *Poesías*, volumen de un lirismo exquisito que pone de manifiesto la calidad sustancialmente poética de Macedonio Fernández. Toda su prosa era poesías sin sílabas contadas. Poesía paradojal, antitética, desahogos de ironías pero, en verdad, disfraz de una pasión incontrolable, de una ternura profunda, propia de un soñador incoercible.

El caso de Macedonio Fernández no es frecuente. Salvo los años ya no juveniles entre 1920 y 1926, vivió apartado del mundanal ruido, entregado a sus remembranzas y divagaciones, a su autoanálisis, a su intransferible Buenos Aires. Así como Proust es un escritor establecido de un solo "quartier" de París, como lo es Louis Aragón.

La vindicación de Macedonio Fernández, como los procesos de santificación, atraviesa por etapas en que los abogados del diablo suelen ejercer mayor presión que los receptores de milagros. Hay que confesar que, pese a alguna explicable lenidad, todos sus admiradores de juventud, los pilotos y tripulantes de aquellas famosas peñas literarias porteñas de los años 20, jamás regatearon su admiración al apartado beato maestro de la "cachada", al paradojista sistemático, al precursor esperpentista, al congenial surrealista que elevó al compadrito y su tango a rangos del trovador y sus canciones; que hizo de la payada criolla un diálogo platónico bonaerense; que cultivó la palabra entrañable con alegría de malabarismos; que convirtió la metafísica en arte callejero; que, como lo haría memorablemente el dibujante peruano Julio Málaga Grenet en magistral *"affiche"*, puso en los dedos del Pensador de Rodin un cigarrillo humeante con que rebajar la tensión de lo sublime y reducir a humanidad paciente la agresiva altanería del filósofo, el contemplador y el poeta.

ALGUNOS TROZOS DE MACEDONIO FERNÁNDEZ:

"Con motivo de la carestía de los cigarrillos, éstos se han puesto más baratos, y para que parezcan menos cortos, los hacen más largos. Para una persona que por primera vez es un recienllegado, esto la confunde de tal manera que le entra el sentimiento de que lo están viendo por la calle desnudo, saliendo de una sastrería. No es menos cierto que hay insomnios que afectan al mismo tiempo la facultad de dormir y la de estar despierto; y lo digo con toda la seriedad del hombre durmiendo; para elegir entre dos

coqueterías, óptese por la peculiaridad de ser un gran dormilón, porque es factible aparentar dormir —aunque fatigoso— y no es fácil aparentar estar despierto." *(Papeles de recienvenido)*

* * *

"Las personas muy altas, aparte del horroroso inconveniente de andar siempre muy lejos de ellas mismas, notándose que caminan a grandes pasos para alcanzarse —yo no podría acostumbrarme a un destino tan travieso—, llevan por esto, de continuo, las lastimaduras en la cabeza que todos hemos observado. Debe elegirse a tiempo la estatura *apenas alta;* es mi clasificación; tengo un modelo en casa. No estoy resentido con los altos; no he querido ese formato." *(Unanovela* . . ., p.27).

* * *

"Muletas para un ciempiés derrengado. El pedicuro de los ciempiés.

Los ciempiés optaron por la bipidez en un tiempo de carestía de muletas.

Y de eso, y de otras adaptaciones trasmitidas, proviene el resultado evolutivo que se llama el hombre." *(Cuadernos de todo y nada,* p. 121).

* * *

"Es una buena probabilidad que la humanidad civilizada sea la especie viviente de la vida más infeliz. También es probable que la risa y las refinadas ternuras (y quizá también el placer de la música) del animal llamado hombre civilizado, sean la compensación." *(Cuadernos* . . . , p. 119).

BIBLIOGRAFÍA:

MACEDONIO FERNÁNDEZ, *No todo es vigilia la de los ojos abiertos,* (Buenos Aires: Gleizer, 1928); *Papeles de recienvenido,* (Buenos Aires: Proa, Cuadernos del Plata, 1930, segunda ed. Losada, 1944); *Una novela que comienza,* (Santiago de Chile: Ercilla, 1941, prólogo de Luis Alberto Sánchez); *Poemas,* (México: Guarania, 1953, prólogo de Natalicio González); *Museo de la novela de la eterna,* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967); *Cuadernos de todo y nada,* (Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1972); *Adriana Buenos Aires,* (Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1974, prólogo de Adolfo de Obieta); *Teorías,* (Buenos Aires: Ediciones Corregiodor, 1974).